

Junio 25 de 2009

¿Funciona la ayuda externa?

El libro de Dambisa Moyo, 'Dead Aid' ('Ayuda muerta', en español), ha vuelto a encender la polémica acerca de los efectos de la ayuda externa en África. Su contribución es bienvenida porque, a pesar de que existe poca evidencia a favor de aumentar la ayuda externa, los gobiernos occidentales parecen determinados a superar sus extravagantes promesas hacia dicho continente.

La creciente popularidad de Moyo ha forzado a que el usualmente taciturno Jeffrey Sachs, de Columbia University, se una al debate. Escribiendo en 'The Huffington Post', lanzó ataques personales en contra de Moyo y su crítico de mucho tiempo, William Easterly, de New York University. Ambos respondieron señalando algunos de los problemas asociados con la ayuda externa. Pero un argumento requiere mayor discusión: el debate de la ayuda externa tiene un tinte racista.

Este año marca el vigésimo aniversario del fin del comunismo. Como señala Oleh Havertylyshyn, antiguo funcionario del Fondo Monetario Internacional y profesor de la Universidad de Toronto, la transición de los países europeos y bálticos del comunismo al capitalismo ha sido en gran parte exitosa. Los países que realizaron reformas más profundas a un paso más acelerado "solían experimentar tasas de crecimiento más altas e inflación más baja, recibieron más inversión extranjera y la desigualdad aumentó más lentamente en los países que reformaron más velozmente que en los reformadores graduales. Lo mismo es cierto con respecto a las tasas de pobreza".

Los países bálticos, los cuales estaban entre los reformadores más entusiastas, se beneficiaron tremendamente de un aumento en su libertad económica. Entre 1995 y el 2007, los ingresos reales en Latvia, Estonia y Lituania aumentaron por un sorprendente 167 por ciento, 146 por ciento y 125 por ciento, respectivamente. Además, la longevidad, la calidad ambiental y la matrícula escolar aumentaron en la región, mientras que la mortalidad infantil cayó. Los problemas económicos actuales en el bloque de Europa central les quitan algo de brillo a los logros de la región, pero no los eliminan.

Un consenso político a favor de la liberalización económica emergió poco después de la caída del muro de Berlín. Uno de los promotores más vehementes del cambio rápido en lugar de gradual, irónicamente, era un economista de la Universidad de Harvard: Jeffrey Sachs. No existe tal consenso en África.

Luego del colapso del comunismo, casi todos asumieron que la clave para la prosperidad en el bloque europeo central dependía de reformas económicas, no de la ayuda externa. Implícitamente, casi todos entendían que la gente de la región simplemente tendría que responder a los incentivos del mercado y producir productos y servicios que clientes domésticos y extranjeros quisieran comprar. La inhabilidad de competir con Occidente no se les cruzó por la mente.

Esta actitud falta notablemente cuando se trata de África. La globalización suele ser vista

como una amenaza y rara vez como una oportunidad. Los políticos locales se quejan de la competencia de China y Bangladesh. Las organizaciones no gubernamentales advierten en contra de la liberalización, puesto que los africanos serían explotados por occidentales sin escrúpulos. Los músicos y estrellas de cine claman por más ayuda externa, no reformas, como una solución a la pobreza.

¿El resultado? Los ingresos africanos aumentaron apenas un 26 por ciento entre 1995 y el 2007, incluso menos si los países ricos en petróleo y recursos minerales son excluidos del cálculo. Nueve de 48 países del África subsahariana eran más pobres en el 2007 de lo que eran en 1960. África no logró crecer a pesar (o tal vez debido a) toda la ayuda externa que había recibido a lo largo del último medio siglo. En lugar de reformar sus economías e incentivar el crecimiento del sector privado y mejorar la recaudación de impuestos locales, los gobiernos africanos dependieron de la ayuda externa para sobrevivir.

En resumen, parece haber una peculiar falta de confianza en los africanos para que estos reaccionen a los incentivos de mercado de la manera que todos los demás lo hacen y para que se beneficien de la globalización. Los africanos, parece decir el consenso entre los que proponen ayuda externa y proteccionismo, deberían ser protegidos en lugar de ser expuestos a las fuerzas del mercado. Pero, ¿qué dice eso acerca de la presunción implícita con respecto a la habilidad de los africanos de triunfar de la manera como lo han logrado los ciudadanos de Europa central?

Mientras el mundo debate si África debería implementar reformas de mercado, otras regiones siguen avanzando. El concepto de la "pobreza global" está perdiendo su significado cada día. Pronto, la pobreza será solamente un "problema africano". Para prevenir que eso suceda, los africanos no deben ser tratados como desesperanzados receptores de caridad, sino más bien como personas iguales a todos los demás.

*Analista del Centro para la Libertad y Prosperidad Global, del Cato Institute. (www.elcato.org)

COPYRIGHT © 2009 CEET Prohibida su reproducción total o parcial, así como su traducción a cualquier idioma sin autorización escrita de su titular.

[Ver Términos y Condiciones.](#)